lanzóse contra su adversario con deseo de exterminarlo; mas Apolo salvó á Héctor rodeándole de densa nube; tres veces el invencible héroe asestó contra él su lanza, y otras tantas no hendió el hierro sino la opaca niebla.—«De nuevo has escapado de la muerte ¡oh perro! Cerca la has visto ahora, y únicamente á la divinidad del dia, á quien importunas siempre con tus preces ántes de arrostrar el fragor de los combates has debido tu salvacion. Pero si otra vez te hallo á mi paso y no desvía una divinidad mis golpes, puedes contarte en la region de los muertos. Entre tanto enviaré allí á cuantos se me pongan por delante.»

Y en efecto, Dryops, Demuco, Laogonio y Dardano, hijos de Bia, Tros, que lo era de Alastor, y Equeclio, de Agenor, perecen á los botes de su lanza ó á los tajos de su espada. Mulio, Deucalion, Rhigmo, ilustre hijo de Pireo, y su escudero Areitoo, inmolados igualmente á su indomable furor. «Como incendio que, alzando chispas y llamas hasta la celeste bóveda, va recorriendo embravecido los profundos valles de árida montaña, y abrasa el inmenso bosque, miéntras el viento lleva á todos lados encendidos torbellinos; asimismo, armado de su lanza, el héroe á quien se habría tomado por una deidad, inmola á cuantos alcanza y ceba en todos lados su ira; la sangre corre á rios por la negra tierra. Y semejantes á toros de ancho testuz que al quebrantar la mies tendida en la era hacen saltar, al impulso de su pisoteo, los granos de las espigas, los corceles del soberbio Aquiles, excitados por su dueño, pisan cadáveres y armas; el eje, lo mismo que el antepecho del carro, chorreaban sangre, levantada por el casco veloz de los caballos y por las rápidas ruedas. Arde el hijo de Peleo en afan por alcanzar gloria inmortal y sus invencibles manos se ven manchados de sudor y de sanguinolento polvo.» (Homero).

En su derrota llegan los Troyanos á las márgenes del Xanto, y allí, á la irresistible acometida de Aquiles, las fugitivas cohortes se separan: miéntras las unas corren en dispersion hacia los muros de Troya, retardando su carrera la sombría nube que hace brotar ante sus pasos la implacable Juno, precipítanse otras con estrépito en los abismos del plateado rio, sucediendo entónces los terribles episodios que en otro lugar llevamos referidos [1]. Licaon, hijo de Príamo, huía por la orilla del rio cuando le vió Aquiles y cayó sobre él. Ya otra vez, en los primeros años del sitio, habíale sorprendido de noche cuando el mancebo cortaba las ramas de silvestre higuera para formar la baranda de su carro; Aquiles le capturó, arrastróle fuera del campamento paterno, y le llevó á Lemnos como esclavo. El hijo de Jason, por nombre Eecio, muy amigo de Príamo, lo compró por crecida suma, y lo envió á Arisbe, de donde volvió secretamente al alcázar de su padre. Once dias habían transcurrido desde su venida, once dias pasados en festines entre sus jóvenes compañeros, y llegado el duodécimo cayó de nuevo en manos de Aquiles. Vióle el héroe cuando sin yelmo, escudo ni lanza, pues acababa de arrojarlo todo al suelo, huía por el borde del agua, cubierto de sudor y casi sucumbiendo al exceso de su cansancio.

«—¡Cielos! exclamó Aquiles indignado. ¡Gran prodigio es el que están viendo mis ojos! De hoy más hasta creeré posible que vuelvan del sombrío imperio los Troyanos á quien arranqué la vida, pues ése, vendido en la sagrada isla de Lemnos, se presenta de nuevo á mi vista sin haberle detenido la barrera del mar espumoso, invencible para tantos mortales. Pero verémos ahora si atravesado por mi lanza le será tan fácil regresar de las oscuras riberas, ó si quedará sepultado en el seno de la tierra, contra la que nada pueden los pechos más intrépidos.»

Enristra, en efecto, la terrible arma, y el mancebo cae á sus piés; rodea con un brazo sus rodillas y con la otra mano se aferra á la lanza que le amenazaba.

«—Yo te lo ruego ¡oh Aquiles! dice con voz humilde y congojosa, apiádate de mí, no me quites la vida. Delante de tí ¡oh guerrero, favorecido por Zeus! me ves como un suplicante digno de respeto: tu pan comí cuando me arrancaste de nuestras floridas campiñas; llevado lejos de mi padre y amigos, vendido en Lemnos, te pagaron por mí el precio de una hecatombe: por mi rescate recibirás ahora triple suma. Doce auroras cumplen con ésta de mi regreso á Troya despues de padecer muchos trabajos, y otra vez un fatal destino me pone en tu poder: sin duda objeto soy de la cólera de Zeus! ¡Ay! mi madre Laotoe, hija del anciano Alteo, que en las márgenes del Satnion manda á los belicosos Lelegios en los altos muros de Pedasio, me ha dado bien corta existencia. Colocada entre las numerosas esposas de Príamo, han nacido de ella dos hijos destinados ámbos á recibir de tí la muerte: ya Polidoro ha sido derribado por tu lanza en las primeras filas, y ahora soy yo el que va á morir, pues poca es la esperanza que en tu piedad abrigo. Pero áun así, la imploro; piensa que no debo la vida á la madre de Héctor, cuya diestra te ha privado del amigo tan afable como esforzado.»

De esta manera rogaba al héroe el triste hijo de Príamo; pero hubo de oir á sus súplicas esta terrible respuesta:

«—No me hables de rescate ¡insensato! y acaba tu discurso. Antes de llegar para Patroclo la hora fatal, todos me han visto otorgar merced á los Troyanos; muchos fueron los que de mí alcanzaron la vida, y vendidos en tierra extraña, no padecieron más pena que la esclavitud. Pero en adelante ninguno de cuantos pongan los dioses en los campos de Ilion al alcance de mi brazo, y ménos que todos los hijos de Príamo, evitará la muerte. Tu hora es, pues, llegada; ¿por qué esos inútiles lamentos? Patroclo, con quien no puedes tú compararte, ¿no ha bajado acaso á la region de los muertos? Y yo mismo, cuyo esfuerzo tanto se enaltece; yo, nacido de un padre famoso y de una madre divina, á cada instante véome amenazado por la inflexible Parca, y no ha de estar léjos aquel que con su lanza ó con el rápido vuelo de una saeta, tendrá la gloria de arrancarme la vida.»

La muerte dada al infeliz mancebo y las bárbaras palabras que pronunció el héroe al arrojarle al agua, indignaron al Xantho contra su crueldad. El divino rio quiso refrenar el ardor de Aquiles y librar á los Troyanoos de destruccion completa, y entre él, auxiliado por el Simois caudaloso, y el hijo de Peleo, favorecido por Hefestos, trabóse el colosal combate que concluyó con ventaja por parte de los enemigos de Troya [1].

«Situóse Apolo en los sagrados muros de Ilion temiendo aquel dia que lograsen los Griegos debelarlos á pesar de los Destinos; los demas dioses volvieron á la celeste mansion, respirando unos enojo, otros contento, y se sentaron junto al señor de las sombrías nubes. En tanto Aquiles atropellaba en el llano á los Troyanos y sus carros; así como en el incendio de toda una ciudad comienza una coluna de humo, que excitada por la divina venganza se eleva hasta el cielo, por poner el terror en los corazones, que miran en ella siniestro presagio, hasta que las llamas devoran por fin al pueblo entero, del mismo modo Aquiles lleva á los Troyanos el espanto primero y á poco la muerte.

«El anciano Príamo vé desde una torre al héroe como formidable coloso, ante el que huyen con precipitado paso las desordenadas cohortes; dando lastimeras voces, desciende al adarve, y grita:

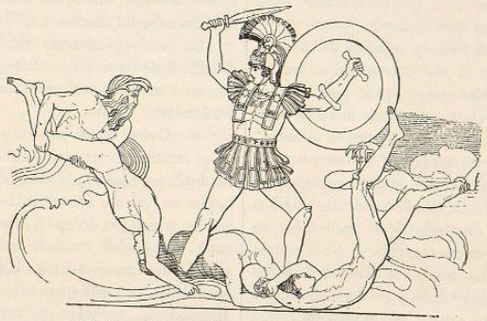

Fig. 648. — El Xanto y el Simois en lucha con Aquiles.

«—Conservad abiertas las puertas hasta que las desbandadas tropas se hayan puesto al amparo de los muros; Aquiles las persigue, vedle allí. Pero así que hayan entrado, cerrad las puertas, pues es de temer que el terrible guerrero, arrollando los obstáculos todos, quiera penetrar en la ciudad.

»Las puertas ábrense, en efecto, para dar asilo á los fugitivos batallones, y Apolo les sale al encuentro para salvarlos de completa ruina. Cubiertos de polvo, sedientos, amedrentados, atraviesan la llanura; su ardiente enemigo les sigue con la lanza en ristre, constantemente poseido de violenta ira y de furioso deseo de venganza y gloria; y sin duda que los Griegos se habrían apoderado entónces de los soberbios muros de Ilion, si el dios del dia no hubiese favorecido al intrépido Agenor y no le hubiese inspirado altos y audaces pensamientos. Colocado junto á un árbol, envuelto por tenebrosa nube, no se apartaba de él para arrancarle en caso necesario de las terribles manos de la Parca.» (Homero).

Al ver á Aquiles, Agenor se detiene, le aguarda, y aunque diversos pensamientos le agitan y en un principio vacila, por último prevalece su ardiente deseo de pelear con el héroe, y le dice:

«—En vano ¡oh funesto Aquiles! alimentas en tu pecho firme esperanza de rendir hoy la ciudad de los indomables Troyanos, cuando aún ha de ser para los Griegos causa y orígen de nuevas y grandes desgracias. Guarnece sus muros un pueblo de animosos guerreros que peleando por nuestros padres, nuestras mujeres y nuestros hijos sabrémos defenderla, y por más temerario y formidable que seas has de encontrar aquí la muerte.»

Dijo, y con atrevido brazo lanzóle la pica que con seguro golpe hirió á su enemigo en la rodilla; el metálico coturno, recien salido de las manos del divino artífice, despidió vibrante y terrible sonido, pero rechazó el dardo. Aquiles precipitóse contra el esforzado Agenor; mas Apolo, privándole de la gloria del vencimiento, arrebató al Troyano á favor de opaca nube y lo llevó á apartado y pacífico sitio, miéntras que tomando él su estatura mostróse al héroe á alguna distancia, á fin de alejarle de

[1] Véase tomo I, pág. 488.

[1] Véase tomo I, pág. 489.

los muros de Troya. En efecto, corrió Aquiles tras él por las tortuosas orillas del Escamandro, en tanto que los Troyanos llegaban en numerosos grupos á las puertas de Ilion, y por ellas se precipitaban respirando al fin despues de tantos peligros. Sólo Héctor, como encadenado por el Hado, dice el poeta, permanecía inmóvil, armado y amenazador fuera de la puerta de Scio.

Aquiles ha conocido al fin la ilusion que padecía; la poderosa voz del dios le ha hecho volver en sí, é indignado por el tiempo perdido y por los enemigos que se han librado de perecer á sus manos, retrocede y veloz se dirige hacia los muros de la sitiada ciudad.

Príamo fué el primero que le vió atravesar volando la llanura; con las manos levantadas al cielo, con entrecortados suspiros, golpeándose la cabeza, llamó con lastimeros gritos á su hijo, quien se obstinaba en permanecer fuera del murado recinto, deseoso de llegar con Aquiles á singular combate. Su padre, tendiendo hacia él los brazos, le habla en estos términos:

«—¡Héctor, hijo mio! solo y separado de los tuyos como estás no aguardes á ese guerrero, si no quieres perecer á sus irresistibles golpes. ¡Ah! ¿por qué los dioses no han de aborrecerle como yo? Si así fuese no tardaría el cruel desalmado en ser, tendido en el campo, pasto de los buitres, quedando aliviado mi pecho del inmenso dolor que me consume. Por él voy quedando solo; él ha sido quien me ha robado mis denodados hijos, ya arrancándoles la existencia, ya vendiéndolos en remotas islas. Ahora mismo, cuando ya los Troyanos están al amparo de los muros, no acierto á descubrir entre ellos á mis dos hijos Licaon y Polidoro; si respiran aún en el campamento griego, no escasearémos para libertarlos el cobre ni el oro; pero si han bajado ya al imperio de las sombras, á su madre y á mí, infortunados autores de su existencia, sólo nos toca llorar. En medio de tanta desdicha ¡oh Héctor! la afliccion de nuestro pueblo podrá mitigarse si te salvas del hierro mortífero de Aquiles; entra en la ciudad ¡oh hijo mio querido! para salvacion de los Troyanos, de sus mujeres é hijos; no consientas que el hijo de Peleo se cubra de inmarcesible gloria ni renuncies así á la grata claridad del dia. Ten piedad de tu padre infeliz, destinado por Zeus á pasar en amargo llanto los postreros dias de mi avanzada vejez viendo á mis hijos inmolados, á mis hijas arrebatadas de mi palacio, profanados nuestros tálamos, despeñados nuestros tiernos nietos, y á las esposas de nuestros hijos robadas por las crueles manos de los Griegos. Y yo, golpeado, vilipendiado, seré quizas el último en rendir aquí el alma, y entónces los fieles canes que custodian mi alcázar y que son de mi mesa sustentados, desconocerán á su dueño, y poseidos de rabia se disputarán mi cadáver y con mi sangre saciarán su sed. Honroso es para un guerrero que ha muerto peleando quedar tendido en el polvo; bello es su cuerpo cubierto de heridas; pero que los animales voraces mancillen la cabeza venerable, la blanca barba de un anciano muerto sin defensa; que arrastren y destrocen con ignominia su desnudo cadáver, el colmo es de los males á que pueden llegar los mortales para el infortunio nacidos.»

Y al decir esto mesaba sus venerables canas sin reducir á Héctor á lo que de él imploraba.

Tambien su madre, anegada en llanto, le habló desde lo alto del muro:

«—Héctor, le decía, respeta este seno mio; si algun dia calmó los quejidos de tu infancia, acuérdate ¡oh hijo mio! de mis tiernos cuidados y ten compasion de tu pobre madre. Ven, y desde el adarve podrás ofender á ese feroz guerrero; ¿por qué te empeñas en combatirle de cerca? Si te arranca la vida, ni yo, que te dí á luz, ni tu esposa, á pesar de su gran opulencia, tendrémos siquiera el consuelo de llorarte junto á fúnebre lecho; léjos de nosotras, allá en las naves griegas, harán presa en tí los animales carniceros.»

En vano se esfuerzan aquellos tristes padres en disuadir á Héctor de su propósito; aunque combatido por diferentes afectos, permaneció inmóvil hasta la llegada del formidable Aquiles.

«—¡Cielos! decía para sí entre indeciso é indignado, si entro en la ciudad, Polidamas será el primero en dirigirme cargos y reconvenciones, él que con tanta fuerza me exhortó á la retirada aquella noche fatal en que se presentó el divino Aquiles. ¡Ay! ¿Por qué no seguí su consejo? Inmolados por mi obstinacion tantos y tan ilustres guerreros, temo la presencia de los Troyanos y de las Troyanas sobre todo.—Héctor, dirán, fiando demasiado en su valor, ha causado la perdicion del ejército.—Para no oir tales palabras, no volveré á la ciudad hasta que haya derribado á ese fiero enemigo, ó caeré con gloria á sus golpes al pié de estos sagrados muros. Pero si, dejando en el suelo escudo y yelmo y arrimando la lanza á la muralla, me dirigiese á él y le ofreciese devolver á los hijos de Atreo Helena y cuantos tesoros llevó Páris en sus naves á Troya, orígen injusto de esta guerra; si le prometiese otra riqueza oculta en nuestros muros é hiciese jurar á los Troyanos entregar á los Griegos la mitad de cuantos bienes posee esa ciudad opulenta... ¡Oh infame pensamiento! ¡Hablarle yo como suplicante, jamas! Y áun cuando á ello me resolviese ¿escucharía el héroe palabras de paz? Posible fuera que ántes de recobrar yo mis armas me inmolase en su ira, sin costarle más mi muerte que la de tímida mujer... No, peleemos, y sepamos de una vez á quién de ámbos quiere Zeus coronar de gloria.»

Miéntras que estos diferentes pensamientos le combaten, llega Aquiles; su cimera ondea como la del dios de los combates; su diestra blande el terrible fresno que creció en el Pelion, y de su escudo irradian deslumbradores destellos semejantes á los del rayo ó á los del sol al salir de entre las olas. Su aspecto formidable,

los rayos que despiden aquellas armas divinas turban á Héctor como si se hubiese presentado un dios á sus ojos, y le infunden un terror hasta entónces ignorado. Sus piés retroceden, y alejándose de la puerta, huye veloz delante de Aquiles, quien á su vez emprende en su persecucion furiosa carrera.

«Del mismo modo que en las montañas el gavilan, que es el más ligero de los aéreos moradores, sigue el oblícuo vuelo de la paloma, lanza cuando está próximo á alcanzarla penetrantes chillidos, y redobla su aleteo, impaciente por devorar su presa; así se precipita Aquiles en pos de Héctor, quien con no ménos rapidez corre junto á los muros de Troya. Siguen ámbos el camino público que los rodeaba, pasan al pié del otero, dejan á sus espaldas la silvestre higuera y llegan al delicioso sitio donde brota la doble fuente del profundo Escamandro. Arroja la una agua en ebullicion oculta entre espesa humareda; de la otra, en el rigor del estío, mana líquido tan frio y límpido como la nieve y el cristal. Recíbenlas dos vastas pilas de mármol, y en ellas, en los afortunados dias de la paz, las damas troyanas y sus bellas hijas purificaban sus lujosas vestiduras. Por allí pasan, más que corriendo, volando: el que corre delante es valiente, el que impetuoso le persigue, lo es más todavía. Y dispútanse uno y otro, no una víctima ó una adarga, como en las carreras, en que alcanza el premio el más ágil, sino la vida de Héctor.

»...Con la venia del Señor de los dioses, que no quiere oponerse á lo que de antiguo tenía el Destino decretado, desciende Palas del Olimpo con precipitado vuelo, miéntras sin descanso continuaba Aquiles su ardorosa carrera. Semejante al sabueso que lanzando á un corzo de su madriguera le persigue por montes, valles y selvas, y que, si bien ciego de terror el perseguido desaparece y se esconde entre los arbustos, no por esto se detiene ni toma aliento sino que continúa corriendo y sigue sus huellas hasta que otra vez lo descubre, asimismo el veloz hijo de Peleo no deja á Héctor punto de respiro. Cada vez que éste quiere acercarse á los muros de Troya con la esperanza de que los suyos desde lo alto le darán favor, Aquiles se le anticipa y lo rechaza hacia el llano. Lo mismo que al perseguir en sueños á nuestro enemigo nos parece que no puede escaparnos y sin embargo tampoco acertamos á cogerle, así los dos guerreros redoblan la impetuosidad de su carrera sin poder alcanzarse ni evitarse. El divino hijo de Peleo hace señas á los Griegos para que no disparen contra Héctor, no queriendo que le priven del placer de descargarle los primeros golpes y de la gloria de inmolarle.

»Pero al llegar por cuarta vez á las fuentes del Escamandro, levanta Zeus su balanza de oro, y colocando en los platillos los destinos de Aquiles y del hijo de Príamo, los pesa: el platillo de Héctor baja, toca á los infiernos, y desde este momento Apolo, que hasta entónces había alentado su vigor y dado velocidad á su carrera, le abandona. Palas puede por lo mismo acercarse al hijo de Peleo y decirle:

»—Ilustre Aquiles, héroe por Zeus amado, llegado es el momento en que, venciendo á Héctor, podrémos para siempre inmortalizar en estas riberas la gloria de los Griegos. No puede ya escaparnos; en vano, prosternado Apolo á los piés de Zeus, le pide que retarde la hora fatal. Detente, pues, y toma aliento, miéntras induzco á tu enemigo á aceptar por fin el combate.

»Siéntese el guerrero animado de contento, y en tanto que apoyado en su lanza centellante descansaba, la diosa, con el semblante y la voz de Deifobo, se acercó á Héctor y le dijo:

»—He visto ¡oh hermano! la obstinacion con que te persigue Aquiles al rededor de nuestros muros, y vengo á tu lado para que á pié firme rechacemos su ataque.

»—¡Oh Deifobo! contestó Héctor, no en vano fuiste, entre todos mis hermanos nacidos de Hécuba, el más querido á mi corazon; cuánto más habré de quererte en adelante, ya que de este modo velas por mí y no vacilas para valerme en salir de las murallas!

»—Nuestros padres y mis amigos, añadió la diosa, abrazando mis rodillas me suplicaban que no saliera, dominados todos por el general terror; pero léjos de tí sentía consumirse mi corazon. Aceptemos con resolucion el combate, y sepamos si el hijo de Peleo, al arrancarnos la vida, llevará á sus naves nuestros sangrientos despojos, ó si caerá él derribado al impulso de tu lanza.—Y esto decía precediendo al guerrero y llevándole al encuentro de Aquiles.

»Luégo que los dos rivales se hallaron frente á frente, dijo Héctor:

»—No esperes ¡oh hijo de Peleo! que huya por más tiempo delante de tí; tres vueltas he dado á la ciudad inmensa de Príamo, y ya basta. En este momento me incita el corazon á la pelea y me siento decidido á morir ó matar. Pero ántes de comenzarla pidamos á los dioses que sean testigos y guardadores de nuestras promesas. En su presencia juro que si me otorga Zeus la victoria, si consiente que te prive de la luz del dia, no he de ser cruel para contigo, y limitándome á despojarte de tus armas divinas, entregaré á los Griegos tu cuerpo. Jura observar para conmigo igual ley.

»—Héctor, funesto enemigo, contestóle Aquiles fijando en él furiosas miradas, no me hables de leyes ni promesas. Así como no hay pactos entre el leon y el hombre, como no existe alianza entre el lobo y el cordero sino enemistad y eterna guerra, tampoco puede haber entre nosotros lazo alguno de paz; ántes de convenir en cosa alguna, uno de nosotros habrá saciado con su sangre al dios de las batallas. Acude á todo el ardor de tu denuedo; ahora como nunca necesitas de valor y audacia; no hay para tí escape; dirigida por Palas esta lanza va á derribarte para que expíes la desgracia de mis compañeros por tu furiosa diestra exterminados.

»Dijo, y su terrible lanza hendió los aires; dobló Héctor las rodillas, y el arma, pasando por encima de su cabeza, se clavó en el suelo. Palas, sin ser vista por el príncipe troyano, la devolvió al hijo de Peleo.

»—¡Oh Aquiles, igual á los dioses! gritó Héctor; por esta vez has errado el golpe; repítelo, si puedes, seguro de que tus dardos no han de herirme por la espalda. A tí voy sin miedo; atraviésame el pecho si esta gloria te otorga una divinidad. Mas, á tu vez, procura evitar el empuje de mi lanza. ¡Quieran los dioses que la recibas toda entera en tu cuerpo! A descender tú, terrible enemigo, á la mansion de Hades, quedarían libres los Troyanos del terrible azote de la guerra.

»Y arrojó con fuerza un largo venablo, que dió en el escudo de Aquiles, mas rechazado por el arma divina, voló inútilmente á lo lejos. Al ver lo vago del golpe Héctor se estremeció de ira; mirándose desarmado, llamó á Deifobo, y le pidió su robusta lanza; pero ya la imágen del guerrero había desaparecido de su lado. Conoció entónces su yerro, y desalentado exclamó:

»—¡Ah! no es posible ya la duda, los dioses quieren que muera; creí tener por auxiliar á un héroe, á Deifobo, y probablemente mi hermano se encuentra en la ciudad. Palas ha fascinado mis ojos, y lo que tengo junto á mí es la muerte. Nada puedo ya esperar: esta es la sentencia de antiguo pronunciada por Zeus y su hijo Apolo. Ellos que me sacaron ileso de tantos peligros, me abandonan ahora á mi cruel destino. Pero no moriré sin gloria, y quiero ántes de dejar la tierra cumplir una hazaña cuya fama llegue hasta las edades futuras.

»Y tirando de la larga y ancha espada que á su costado pendía, precipitóse contra Aquiles. Como el águila que se cierne entre nubes se deja caer al llano para arrebatar entre sus garras á tímido cordero ó temblorosa liebre, tal se lanzó el arrogante Héctor, blandiendo el terrible acero. Aquiles, en cuyo pecho se encendió nuevo furor, se adelantó á su vez; su maravilloso escudo cubríale el pecho; el dorado penacho de su yelmo estaba erizado, y como en noche oscura entre las estrellas del firmamento brilla más que todos el rutilante Héspero, así resplandecía la acerada punta de la pica que levantaba la mano de Aquiles cuando, al meditar la muerte de Héctor, recorría con los ojos el majestuoso cuerpo del héroe y buscaba por donde había de herirle con mayor seguridad de matarle. Defendía á Héctor por completo la magnífica armadura de que despojara al difunto Patroclo, y únicamente dejaba al descubierto aquel punto en que se une el cuello á los hombros. A él con brazo furioso dirige Aquiles su lanza y atraviesa de parte á parte el delicado y tierno cuello; el hijo de Príamo muerde el polvo, y Aquiles, triunfante, dice alborozado:

»—¿Cómo es posible ¡oh Héctor! que despues de haber dado muerte á Patroclo ni una sola vez pudieses creerte en seguridad? Aunque ausente había por fuerza de inspirarte miedo. ¡Insensato! ¿Cómo no pensaste que quedaba á mi amigo, allá en la playa, un vengador, un guerrero más terrible que él, y que éste era yo, que aquí te mato? Tus miembros serán profanados por los animales carniceros, y en tanto, sábelo, tributarán los Griegos solemnes honras á los manes de Patroclo.

»Al oir estas palabras, fijó Héctor en él sus moribundos ojos, y con voz apagada murmuró:

»—Yo te lo ruego, por tu fama, por aquellos que te dieron la vida, no me condenes á tan bárbara suerte. Acepta el cobre y el oro que te darán en abundancia mis venerables padres; devuélveles mi cuerpo para que lo trasladen á su palacio y puedan los Troyanos y sus esposas encender mi hoguera funeraria.

»—No me implores ¡oh desdichado! contestó Aquiles con feroz acento, por aquellos á quienes debo la vida. Despues del duelo en que me has sumido quisiera mi rabia poder llevar á mis labios tu carne palpitante; juzga, pues, si habré de librarte de la ignominia que te tengo preparada. Aun cuando me diesen por tu rescate diez, veinte veces lo que me ofreces; por más que Príamo pusiese á mis piés en oro el peso de tu cadáver, no tendría tu madre el consuelo de ver en fúnebre lecho el fruto de su vientre, y no dejarían los animales voraces del aire y de la tierra de disputarse tu cuerpo destrozado.

»Entónces el hijo de Príamo pronunció con voz que se extinguía estas últimas palabras:

»—No me había engañado; harto conocía tu crueldad y no esperé jamas vencerla; en tu pecho se oculta un corazon de hierro. Pero teme la venganza que me prepara el cielo; teme el dia en que, á pesar de tu denuedo, favorecido Páris por Apolo, te derribe junto á la puerta de Scio.

»Y con el postrer acento abandonóle el alma y voló á los infiernos, donde lloró su vigor pasado y su juventud segada en flor.

»—Muere, dijo Aquiles al que ya no vivía, muere, que yo sabré sufrir la muerte cuando lo ordenen Zeus y los celestes dioses.»

Y arrancando del cadáver la pica, empujólo con el pié, y lo despojó de su ensangrentada armadura. Ya en esto acudían los Griegos, y con admiracion contemplaban la elevada estatura y la majestuosa belleza del hijo de Príamo. Hubo muchos que le infirieron nuevas heridas, y mirándose unos á otros decían:

«—¡Ah! ¡Qué diferencia entre el Héctor de hoy y el que entregó nuestras naves al furor de las llamas! No se mostraba entónces tan quieto y manso como ahora.»

Y con ademan de triunfo le golpeaban y sajaban.

«—Amigos, príncipes de Grecia, gritó Héctor á quien rodeaban capitanes y soldados; ya que los dioses han hecho caer á mis golpes á ese guerrero que nos ha

causado más daño que todos los Troyanos juntos, sepamos, asaltando á Ilion, si por faltarles el caudillo quieren entregarnos su ciudadela, ó bien si, á pesar de la muerte de Héctor, persisten en defender sus murallas. Pero ¿qué digo? ¿A dónde me lleva el ardor de mi corazon? Junto á nuestras naves yace todavía en funerario lecho el cuerpo de un héroe á quien debemos aún funerales y sepultura, del esforzado Patroclo. En tanto me anime un soplo de vida no saldrá de mi memoria su recuerdo, y aunque fuesen los muertos insensibles, seguro estoy de que ha de acompañarme á los infiernos la imágen de mi tierno amigo. Volvamos ¡oh guerreros! á nuestro campamento con el cadáver del hijo de Príamo, haciendo resonar el aire con triunfales aclamaciones, pues gran gloria llevamos alcanzada habiendo inmolado al ilustre Héctor, adorado cual un dios por los Troyanos.»

Y al decir esto, con la barbarie de vencedor feroz, arrastra hacia sí el sangriento cadáver, le taladra los talones y, pasando por ellos una correa, atólo á la trasera del carro. Subió luego á él, y sosteniendo con una mano la soberbia armadura conquistada, azotó con la otra á los corceles, los que salieron á escape hacia las tiendas de la playa. Densa polvareda rodea el cadáver arrastrado en la furiosa carrera; la negra cabellera de Héctor se hunde entre el polvo, y su cabeza, un dia dechado de belleza y gracia, deja sangriento surco en el camino.

Hécuba, que lo vé desde el muro, arroja lejos de sí el pintado velo, y clavados los ojos en el cadáver de su hijo, prorumpe en agudos sollozos. Príamo deshácese tambien en lúgubres lamentos, y á su alrededor todo era llanto lo mismo que en la ciudad entera: parecía, tanto era el desconsuelo, haber llegado para Ilion la última hora. A duras penas logra el pueblo contener al anciano, quien se empeña en salir de la ciudad; y luego, irritado por la contrariedad que en su dolor experimenta, se deja caer al suelo, y entre afligido y airado, dice:

«—No detengais mis pasos, amigos, y permitid, acallando vuestros temores, que me dirija solo á las naves de los Griegos. Sí, quiero abrazar las rodillas de aquel funesto enemigo, del feroz matador de mi hijo; quizas respetará mis canas, quizas se compadezca de mi afliccion inmensa. Tiene padre á quien, como á mí, agobia el peso de los años y de las humanas miserias. Peleo ¡ay! le engendró para ruina de los Troyanos y sobre todo para mi propia ruina. Por él han sido precipitados á los infiernos en la flor de sus años muchos hijos mios: todos ellos eran muy caros á mi corazon y lloro su pérdida con dolor profundo; pero la de todos juntos no me causa la pena que la de Héctor me ha causado. ¡Ah! ¿por qué ántes de este dia funesto no rindió el alma entre mis brazos? Entónces á mí y á su madre, la infeliz que le dió á luz, no se nos habría negado el grato consuelo de gemir y llorar sobre sus cenizas.

«—¡Hijo mio! decía entre las Troyanas la desgraciada Hécuba: ¿por qué ¡ay de mí sin ventura! por qué respiro aún, separada como estoy para siempre de tí? La gloria en Ilion en tí se cifraba; en tí miraban los Troyanos su salvacion. Vivo fuíste el orgullo de tu madre y de tu pueblo; ahora yerto y exánime eres víctima de la muerte.

»Tantos sollozos y lamentables gritos llegaron á oidos de Andrómaca, la cual sintió apoderarse de sus miembros convulsivo temblor, y el huso se escapó de su mano.

»—Venid, dice á sus camareras; seguidme. He oido la voz lastimera de la venerable Hécuba, y mi corazon palpita como si quisiera saltárseme del pecho y mis rodillas paralizadas se hielan. Una gran desgracia amenaza sin duda á los hijos de Príamo. Apartad de mí ¡oh dioses! ese funesto presagio; pero estoy temiendo que Aquiles, semejante á los inmortales, haya cerrado la retirada á Héctor, que jamas estaba entre las filas, y que al fin haya domado su guerrero esfuerzo, para nuestros enemigos tan funesto.

»Seguida de sus damas y poseida de tristes presentimientos, salió Andrómaca del palacio, y corriendo cual furiosa bacante, subió al muro y despues á una torre, abriéndose paso entre los apretados guerreros. Con temor dirige á todos lados investigadora mirada, y ¡oh dolor! ve á su esposo arrastrado indignamente por el polvo, llevado por veloces corceles hacia el campamento griego. A tan terrible espectáculo, cubren sus ojos densas sombras y cae de espaldas como si fuese aquella su última hora. Las magníficas joyas de su tocado, las cintas y preseas de sus cabellos se desparraman por el suelo; el precioso velo que recibiera de manos de la rubia Afrodita el dia de sus bodas con Héctor, es llevado á lo lejos por el aire. Sus hermanas y cuñadas la sostienen en sus brazos; el único deseo que abriga la infeliz es que la muerte la libre pronto de su amarga pena. Al recobrar el sentido, y al ser reanimada por ligero soplo de vida, los sollozos anudan su garganta, hasta que al fin, rompiendo en llanto, exclama:

»—¡Infeliz Héctor! ¡Andrómaca sin ventura! bajo sino funesto nacimos los dos, tú en el palacio de Príamo, yo en los muros de Tebas en el alcázar de Eecion, que de tan tiernos cuidados rodeó mi infancia. ¡Ah! ¿Por qué ¡desgraciado padre de una hija más desgraciada aún! me dió la vida? Has descendido ¡caro esposo! á los abismos sombríos, mansion de la muerte, y me dejas en tu hogar, viuda desolada, en luto y afliccion eterna. No serás ya el apoyo del hijo, aún muy niño, á quien para desgracia nuestra hemos dado la existencia, ni él podrá jamas acudir á tu auxilio. ¡Pobre niño! áun cuando logre ver el fin de esta guerra desastrosa, aguárdanle azares y males sin cuento, é injustos extranjeros se apoderarán de sus bienes. La hora que le ha dejado huérfano le ha privado á la vez de todos sus valedores y

amigos. Astianax no podrá ya presentarse sino con la frente inclinada, con los ojos humedecidos por el llanto, y si se acerca á los antiguos amigos de su padre, deteniendo al uno por el manto, por la túnica al otro, no le escucharán... y anegado en lágrimas volverá á los maternales brazos. Ese niño, sustentado con delicados manjares en las rodillas de Héctor; él que, cuando interrumpía el sueño sus inocentes juegos, se dormía en blando lecho, en brazos de su nodriza, huérfano ahora de padre, no hallará asilo contra el infortunio y el insulto, á pesar del nombre de Astianax que le daban los Troyanos, por bastar tú solo ¡oh Héctor! á la defensa de sus puertas y murallas. Léjos ahora de aquellos que te dieron el sér, devorarán los gusanos junto á la armada griega, los restos que haya dejado la voracidad de las fieras. En vano, pues, se guardan para tí en nuestro palacio tantos y tan preciosos vestidos preparados por las delicadas manos de nuestras mujeres; trágueios todos el fuego, pues ninguno ha de servirte ni siquiera de mortaja.

Fig. 649. — Andrómaca cae desmayada al ver arrastrado por Aquiles el cadáver de Héctor. (De Flaxman).

»De amargas lágrimas iban acompañadas estas tristes palabras, y las Troyanas que la rodeaban, á ejemplo de la princesa, se deshacían igualmente en llanto.» (Homero).

Miéntras esto pasaba en la desolada Troya, verificábanse en el campamento griego los preparativos para los solemnes funerales de Patroclo [1]. Con insigne barbarie había Aquiles colocado el cuerpo del noble Héctor junto al lecho funerario, con la frente hundida en el polvo; pero aquella noche respetáronlo los animales vora-

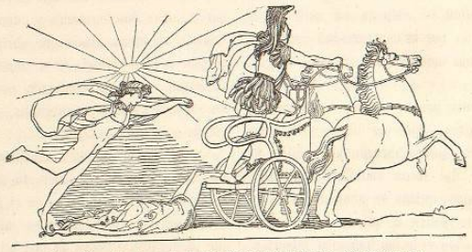

Fig. 650. — Apolo protegiendo el cuerpo de Héctor. (De Flaxman).

ces, pues Afrodita velaba junto á él. Con celeste bálsamo, con esencias de rosa y ambrosía le ungió la diosa, y Apolo hizo descender del cielo al llano, cubriendo el espacio que el cadáver ocupaba, azulada nube que le preservase de los ardientes rayos del astro del dia. Y cuando, concluidos que fueron los guerreros juegos que pusieron fin á aquellos funerales, montó Aquiles en su carro, y atando de nuevo en la trasera el cuerpo de Héctor, lo arrastró por el polvo en las tres vueltas que dió al rededor del sepulcro de su amigo, tambien Apolo, «movido á compasion por el hijo de Príamo, áun despues de su muerte, le cubrió con su dorada égida para que no fuese destrozado en la rápida carrera.» (Homero).

[1] Véase tomo I, pág. 671.

Durante tres dias, dicen varios autores, lo arrastró el bárbaro vencedor por delante de las murallas de Troya.

«De este modo, en el exceso de su ira, ultrajaba Aquiles al denodado Héctor, y movidos á piedad los afortunados dioses al mirar tal espectáculo, exhortaban al vigilante Hermes á arrebatar el cadáver. Este era el fervoroso deseo de muchos, pero Hera, Poseidon y Palas no consentían en ello. Las dos diosas, en especial, persistían en el odio que las animaba contra Ilion, Príamo y su pueblo desde que Páris, humillándolas con su sentencia, cuando descendieron á su cabaña, otorgó el premio á la divinidad que le alucinó con el embeleso del fatal deleite.

»Pero llegado que fué el dia duodécimo, presentóse Apolo en la asamblea de los inmortales, y les habló en estos términos:

»—¿Á qué es debida vuestra crueldad, dioses del Olimpo? ¿Acaso no derramó Héctor en vuestros altares la sangre de numerosas y escogidas víctimas? ¿Por qué, pues, no salvais su cuerpo? ¿Por qué no lo devolveis al amor de su esposa, de su madre, de su hijo, de su padre Príamo y de su pueblo todo, impacientes por encender su pira funeraria y tributarle los últimos honores? Mas, bien lo veo, todo lo sacrificais al contento del terrible Aquiles, sordo á la equidad y dotado de un corazon inflexible. Semejante á leon feroz que, impulsado por su fuerza y audacia, cae entre un rebaño y lo devora, así Aquiles ha ahogado en su seno todo sentimiento de compasion y temor, fecundo orígen de males y bienes para el linaje humano. Muchos hombres han perdido séres más queridos aun que el que es objeto de su pena, como un hermano ó un hijo, y sin embargo, la pena disminuye despues de haber pagado su tributo al llanto; no en vano dotó el Destino á los mortales de un alma que sobrelleva el infortunio. Pues bien; Aquiles no satisfecho con haber arrancado la vida al gran Héctor, átalo á su carro, y con accion tan cruel como indigna de él, lo arrastra alrededor del sepulcro de su amigo; tema ya encender nuestra cólera y que la admiracion que por su denuedo sentimos se trueque en odio á su barbarie.

»—A ser voluntad de los dioses, contestó Hera con enojo, que recibiesen iguales honores Aquiles y Héctor, tendrían tus quejas fundamento; pero advierte que Héctor ha mamado la leche de una mortal, al paso que Aquiles tiene en sus venas sangre de una diosa, la cual dí por esposa á Peleo. Vosotros todos ¡oh dioses! asistísteis á la fiesta nupcial, y tú, pérfido Apolo, autor de grandes males, participaste con nosotros del festín llevando en la mano tu preciosa lira.

»Entónces tomó la palabra el señor de las nubes, y dijo:

»—Sosiega ¡oh Hera! el enojo que contra los dioses te anima, pues aunque jamas alcanzaron ámbos héroes honores iguales, he de decir que Héctor fué muy amado por los inmortales y tambien por mí, señor de todos, y que me presentó constantemente nobles ofrendas, sin que jamas dejara vacíos mis altares de libaciones y humeantes víctimas, únicos dones que de los hombres nos es dado recibir. Con todo, no conviene verificar el rapto de su cuerpo, pues Aquiles no tardaría en saberlo por su madre, que de dia y de noche visita á su hijo infortunado. Llame alguno de vosotros á Tétis, y le expresaré mi deseo de que Aquiles acepte los dones de Príamo y entregue el cadáver de Héctor.

»Dijo, y pronta cual la tempestad, cumplió Tétis la suprema órden, precipitándose al mar entre Samos y las peñas de Imbra. Con la rapidez del plomo que lleva el cebo mortal á los voraces peces, descendió la diosa al fondo del abismo, donde Tétis, rodeada de las Nereidas en su profunda gruta, lloraba la suerte de su ilustre hijo, condenado á morir lejos de la tierra en que se meciera su cuna, en los campos de Ilion. Iris se adelanta y dice:

»—Ven ¡oh Tétis! Zeus, cuyos decretos son eternos, te llama al Olimpo.

»—¿Por qué el dios supremo exigirá mi presencia? pregunta la reina de las olas; agobiada bajo el peso de mi dolor, casi no me atrevo á presentarme en la inmortal asamblea. Pero ya te sigo; la voluntad de Zeus, sea cual fuere, ha de cumplirse.

»Y cubriéndose la diosa con lúgubre y negro velo, parte precedida de Iris, más ligera que el viento; ante ellas se separan las ondas del mar, y saliendo á la orilla, ascienden al Olimpo, donde el señor del trueno estaba rodeado del numeroso y feliz grupo de los inmortales.

»Siéntase Tétis junto al padre de los dioses, pues Atena le ha cedido su lugar. Preséntale Hera dorada copa exhortándole á desechar su tristeza; la diosa la acerca á sus labios y se la devuelve. Entónces el rey de hombres y dioses, dice:

»—Sé, ¡oh Tétis! tu afliccion, y si á pesar de ella te he llamado ha sido por poderoso motivo. Nueve dias hace que reina la discordia entre los dioses, á causa del invencible Aquiles y el cuerpo de Héctor; querían varios que el diligente Hermes arrebatase el cadáver, pero á ello me he opuesto por el interes que me inspira la gloria de Aquiles y por la benevolencia que te profeso. Sin dilacion, pues, te dirigirás al campamento griego para comunicar á tu hijo mi voluntad suprema; díle que á los dioses, y más que á todos á mí, nos ha indignado el ciego furor con que conserva insepulto el cuerpo de Héctor y se niega á entregarlo á su familia. Si, cual debe, es temeroso de la ley divina, desistirá de su criminal propósito; y seguro como estoy de ello, envío por Iris un mensaje al magnánimo Príamo, á fin de que vaya á las tiendas de sus enemigos á pedir el rescate del hijo tiernamente amado y á presentar al soberbio Aquiles ofrendas que aplaquen su violenta ira.

»Obedeció Tétis las órdenes de Zeus, y con raudo vuelo pasó en pocos instantes de las olímpicas cumbres á la tienda de su hijo. Entregado aún á su dolor, exhalaba Aquiles profundos suspiros, miéntras sus amigos, afanosos por cuidarle y consolarle, le preparaban la comida. La diosa, madre venerable, sentóse junto al héroe y prodigándole tiernas caricias, le dijo:

»—Hasta cuándo ¡oh hijo mio! piensas sollozar, deshacerte en llanto, y devorado por tu afliccion, privarte de alimento, de sueño y de los goces del amor, tan poderosos para suavizar las penas de los mortales? ¡Ay! no has de gozar de la luz por mucho tiempo, y ya la Parca inflexible se acerca. Por esto, pues, debes de escuchar mi voz cuando de parte de Zeus te anuncio que los dioses, y él más que todos, están irritados por el furor desatentado con que te niegas á entregar á Príamo el cuerpo de Héctor; desiste de tu propósito, y recibe el rescate del cadáver.

»—Si tal es la absoluta voluntad del señor del Olimpo, dijo Aquiles, preséntese el que ha de traerme el rescate y llévese el cadáver.

»En tanto que así departían madre é hijo en la orilla del mar, había Iris por disposicion divina descendido á los sagrados muros de Ilion.

»—Vé, diligente Iris, le había dicho Zeus, y ordena al magnánimo Príamo que presentándose en el campamento griego, ofrezca al terrible Aquiles dones que aplaquen su cólera. Díle que no lleve otra compañía que la de un heraldo venerable para guiar el carro en el cual ha de volver á Ilion el cuerpo del noble guerrero; que deseche de su imaginacion la idea de la muerte y toda clase de temor; Hermes, por mí enviado, le servirá de guía y le acompañará hasta la tienda de Aquiles. Cuando el héroe le verá delante de sí le respetará y no consentirá que nadie le insulte; Aquiles no es inflexible ni sordo á la razon y á la equidad, y al mirar á un rey suplicante, se sentirá movido á compasion.

»Más veloz que un torbellino llega Iris al palacio de Príamo, mansion entónces de la tristeza y el duelo. Los hijos que al anciano quedaban sentados junto á su padre en el patio, regaban con llanto sus vestidos; Príamo iba envuelto y apretado en su manto descubriendo la forma de su cuerpo; en sus venerables canas se veía aún la ceniza de que con sus propias manos las cubriera cuando en su desesperacion habíase revolcado por el suelo. Sus hijas y nueras llenaban el palacio con desgarradores lamentos y con los nombres de los esforzados guerreros caidos á los golpes enemigos. La alada mensajera acercóse al anciano, y hablándole en voz baja le dijo:

»—Príamo, sosiégate y no tengas temor alguno, pues no vengo á anunciarte nuevas desgracias sino á darte testimonio de benevolencia, enviada como soy por Zeus, quien, á pesar de la distancia que separa al cielo de la tierra, cuida de tí y siente piedad por tu infortunio.

»Y expresóle el supremo mensaje, desapareciendo en seguida.

»Sin pérdida de momento manda Príamo á sus hijos uncir las mulas al carro y colocar en él un cofre inmenso, y dirigiéndose á elevada estancia, llena de raros tesoros, llama á Hécuba y le dice:

»—Una celeste mensajera me ha ordenado en nombre de Zeus ir al campamento griego para rescatar el cuerpo de Héctor ofreciendo al hijo de Peleo preciosos dones. ¿Qué piensas de esa órden, infortunada esposa mia? Por lo que á mí hace ardiente deseo me incita á penetrar en las enemigas trincheras.

»Al oir estas palabras prorumpe Hécuba en penetrantes gritos.

»—¡Dioses inmortales! ¿qué ha sido ¡oh esposo! de tu prudencia ántes tan ponderada por las naciones extranjeras y por el pueblo á quien gobiernas? ¿Cómo puedes pensar en ir solo en medio del ejército enemigo y en presentarte al matador de tus hijos, tan numerosos y esforzados? ¿Es por ventura tu corazon de hierro? Piensa en que al hallarte en poder de ese guerrero feroz, cuando fijará en tí sus miradas, no sentirá por tí compasion ni sombra de respeto. Lloremos en lo más recóndito de nuestro alcázar; esto solo nos toca. Nuestro hijo infeliz, desde el instante en que le dí á luz y en que formó la Parca la trama de su vida, condenado fué por ella á ser pasto de los perros voraces, léjos de sus padres, entregado á la ferocidad de un hombre cuyo corazon quisiera tener entre mis manos. ¡Ah! ¡con qué placer le devoraría! entónces únicamente habría recibido el justo premio de la barbarie con que ha tratado al hijo mio. Y sin embargo, Héctor no murió cual un cobarde, ántes bien peleando denodado por los Troyanos y sus mujeres.

»—Cesa de oponerte á mi designio; mi partida está resuelta, dijo el venerable anciano; como no podrás persuadirme, no quieras que tu dolor sea tenido en mi palacio por siniestro presagio. Si un mortal, si un adivino nuestro me hubiese traido la órden, tendríala por impostura y no podría cumplirla; pero yo mismo he oido la voz de la diosa, la he visto delante de mí, y no tengo más recurso que partir. Aun cuando hubiese de hallar la muerte en el campamento griego, allá voy; máteme Aquiles con tal que estreche entre mis brazos el cuerpo de mi hijo y satisfaga el deseo de regarlo con mis lágrimas.

»Dijo, y abriendo los magníficos cofres sacó de ellos doce velos, doce alfombras, otras tantas túnicas y mantos, todo de sorprendente belleza, diez talentos de oro, dos brillantes trípodes, cuatro jarrones y una copa maravillosa que recibiera en otro tiempo de los Tracios cuando estuvo entre ellos como embajador, presente inestimable que el anciano sacrifica sin pesar para obtener el cuerpo de su hijo. Desciende luego al pórtico apartando á los Troyanos que lo llenaban, y el padre infeliz, fuera de sí

»Obedeció Tétis las órdenes de Zeus, y con rando vuelo pasó en pocos instantes de las olímpicas cumbres á la tienda de su hijo. Entregado aún á su dolor, exhalaba Aquiles profundos suspiros, mientras sus amigos, afanosos por cuidarle y consolarle, le preparaban la comida. La diosa, madre venerable, sentóse junto al héroe y prodigándole tiernas caricias, le dijo:

»—Hasta cuando ¡oh hijo mío! [illegible] deshacerte en llanto, y devorado por tu [illegible], privarte de alimento, de sueño y de los [illegible], tan poderosos para suavizar las penas [illegible]. ¡Ay! no has de gozar de la luz por [illegible] la Parca inflexible se acerca. [illegible] escuchar mi voz cuando de [illegible] los dioses, y [illegible] furor desatentado [illegible] el cuerpo de Héctor, [illegible] rescate del cadáver.

»—Si tal [illegible] Olimpo, dijo Aquiles, [illegible] rescate y [illegible]

[illegible]

[illegible] de su [illegible] temor; Hermes, [illegible] acompañará hasta la tienda de [illegible] verá delante de sí le respetará [illegible] le insulte; Aquiles no [illegible] á la razon y á la equidad, y al mirar á un rey suplicante, se sentirá movido á compasion.

»Más veloz que un torbellino llega frio al palacio de Príamo, mansion entónces de la tristeza y el duelo. Los hijos que al anciano quedaban sentados junto á su padre en el patio, regaban con llanto sus vestidos; Príamo iba envuelto y apretado en su manto descubriendo la forma de su cuerpo; en sus venerables canas se veia aún la ceniza de que con sus propias manos las cubriera cuando en su desesperacion habíase revolcado por el suelo. Sus hijas y nueras llenaban el palacio con desgarradores lamentos y con los nombres de los esforzados guerreros caidos á los golpes enemigos. La alada mensajera acercóse al anciano, y hablándole en voz baja le dijo:

»—Príamo, sosiégate y no tengas temor alguno, pues no vengo á anunciarte nuevas desgracias, sino á darte testimonio de benevolencia, enviada como soy por Zeus, quien, á pesar de la distancia que separa al cielo de la tierra, cuida de ti y siente piedad por tu infortunio.

»Y expresóle el supremo mensaje, desapareciendo en seguida.

»Sin pérdida de momento manda Príamo á sus hijos uncir las mulas al carro y colocar en él un cofre inmenso, y dirigiéndose á elevada estancia, llena de raros tesoros, llama á Hécuba y le dice:

»—Una celeste mensajera me ha ordenado en nombre de Zeus ir al campamento griego para rescatar el cuerpo de Héctor ofreciendo al hijo de Peleo preciosos dones. ¿Qué piensas de esa órden, infortunada esposa mia? Por lo que á mí hace ardiente deseo me incita á penetrar en las enemigas trincheras.

»Al oir estas palabras prorumpe Hécuba en penetrantes gritos.

»—¡Dioses inmortales! ¿qué ha sido ¡oh esposo! de [illegible] tan ponderada por las naciones [illegible] y por el pueblo á quien gobiernas? ¿Cómo [illegible] en ir solo en medio del ejército enemigo y [illegible] al matador de tus hijos, tan numerosos y [illegible]? ¿Es por ventura tu corazon de hierro? [illegible] al hallarte en poder de ese guerrero [illegible] fijará en tí sus miradas, no sentirá por tí [illegible] de respeto. Lloremos en lo más [illegible]; esto solo nos toca. Nuestro [illegible] el instante en que le dí á luz y en [illegible] la trama de su vida, condenado fué [illegible] pasto de los perros voraces, léjos de sus [illegible] entregado á la ferocidad de un hombre cuyo [illegible] tener entre mis manos. ¡Ah! ¡con qué [illegible]! entónces únicamente habría recibido el justo premio de la barbarie con que ha tratado al hijo mío. Y sin embargo, Héctor no murió cual un cobarde, [illegible] bien peleando denodado por los Troyanos y sus mujeres.

»—Cesa de oponerte á mi designio; mi partida está resuelta, dijo el venerable anciano; como no podrás persuadirme, no quieras que tu dolor sea tenido en mi palacio por siniestro presagio. Si un mortal, si un adivino nuestro me hubiese traido la órden, tendríala por impostura y no podría cumplirla; pero yo mismo he oido la voz de la diosa, la he visto delante de mí, y no tengo más recurso que partir. Aun cuando hubiese de hallar la muerte en el campamento griego, allá voy; máteme Aquiles con tal que estreche entre mis brazos el cuerpo de mi hijo y satisfaga el deseo de regarlo con mis lágrimas.

»Dijo, y abriendo los magníficos cofres sacó de ellos doce velos, doce alfombras, otras tantas túnicas y mantos, todo de sorprendente belleza, diez talentos de oro, dos brillantes trípodes, cuatro jarrones y una copa maravillosa que recibiera en otro tiempo de los Tracios cuando estuvo entre ellos como embajador, presente inestimable que el anciano sacrifica sin pesar para obtener el cuerpo de su hijo. Desciende luego al pórtico apartando á los Troyanos que le llenaban, y el padre infeliz, fuera de sí

RAPTO DE EUROPA.

Cuadro del Ticiano.—(Museo del Prado, Madrid.)

por sus repetidas desgracias, llegó al punto de insultarlos.

»—Marchad de aquí, raza perversa, les dijo. ¿No teneis que llorar en vuestra casa las pérdidas propias que así venís á la mia á aumentar mi pesadumbre? Acaso os parece poco el duelo en que Zeus me ha abismado al privarme de un hijo valeroso? Si es así no habeis de tardar en desengañaros y en conocer lo mucho que hemos perdido al ver que, muerto él, sois para los Griegos fácil presa. En cuanto á mí, ántes que mis ojos vean á esta ciudad saqueada y reducida á escombros, habré descendido á la mansion de Hades.

»Al decir esto, aparta á todos con el cetro, y no hubo quien, respetando la indignacion del anciano, no se retirara silencioso. Priamo tomó luego por objeto de su enojo á sus hijos Heleno, el ilustre Agaton, Páris, Antifon, el valiente Pólito, Pammon, Deifobo, Hipotoo y Agavio.

»—¡Oh hijos viles y cubiertos de oprobio! ¿por qué no ha querido el cielo que fuéseis todos inmolados en el campo en lugar de Héctor! ¡Ay de mí infeliz! engendré en la inmensa Troya hijos animosos y esforzados, y ninguno de ellos me ha quedado, ni el intrépido Mestor, ni Troilo, ni Héctor, que era una divinidad entre los hombres. Ares me los ha arrebatado, y únicamente me ha dejado para vergüenza mia hijos pérfidos, raptores públicos, amigos de pasar dias y noches en danzas y festines. Apresuraos ahora á disponer mi carro y á cargar en él esos presentes, á fin de que me aleje cuanto ántes de vosotros.

»Sobrecogidos de temor por las reconvenciones de un padre desolado, sacan los jóvenes al patio un carro de cuatro ruedas y uncen á él las mulas que su padre recibiera en otro tiempo de los Misios. Bajan de las estancias superiores los dones destinados al rescate de Héctor, miéntras que Príamo prepara su propio carro y sus corceles, á los que se complacía en sustentar con sus mismas manos en magníficas caballerizas.

»En esto se adelanta Hécuba con el corazon despedazado, llevando en la mano dorada copa llena de un vino más dulce que la miel. No quiere que parta su esposo sin hacer las ordinarias libaciones, y deteniéndose junto á los caballos, dice á Príamo:

»—Pues te marchas, á pesar de mis ruegos, á las trincheras enemigas, toma esta copa, derrama el vino que contiene en honor del padre de los dioses y pídele que te vuelva á tu palacio y á nuestro cariño, sacándote con bien de entre nuestros feroces enemigos. Implora á Zeus que desde el alto Ida, donde impera, mira á sus piés la ciudad de Troya, y pídele un agüero inmediato y propicio; ruégale que su ave predilecta, la reina de los moradores del aire, vuele á tu derecha, á fin de que mirándola te encamines confiado al campamento griego. De negarse el dios del trueno á enviarte el favorable mensajero, otra vez te suplico que no salgas de la ciudad por mucho que á ello te incite el deseo.

»—A tu voluntad me someto, esposa querida, dijo el noble Príamo; bueno es alzar las manos á Zeus é implorar su clemencia.

»Manda el anciano á una camarera que le dé aguamanos; purificado recibe la copa, y puesto en pié en medio del patio, con los ojos clavados en el cielo y derramando el sagrado licor, dice en voz alta:

»—Soberano padre que reinas en el Ida, dios grande y terrible, de tí imploro que despues de guiarme á la tienda de Aquiles, le inspires piedad de mis lágrimas; dígnate enviarme clara señal de tu voluntad; haz que tu ave predilecta, la reina del pueblo alado, vuele á mi derecha, á fin de que, fija en ella la vista, marche confiado al campamento enemigo.

»Zeus oyó su oracion, y en el mismo momento envió un águila cuyo vuelo es agüero seguro entre todos. Despliéganse sus anchas alas, semejantes á las magníficas puertas cuyas hojas, hábilmente encajadas, cierran el palacio de opulento magnate; vuela á la derecha de Príamo, por encima de la ciudad, y á su vista se reaniman en todos los corazones la esperanza y el gozo.

»El venerable rey sube á su carro; atraviesan los caballos, por él guiados, el vestíbulo y el resonante pórtico, miéntras que las mulas, conducidas por el heraldo Ideo, seguían detras tirando del carricoche. Al pasar por las calles de la ciudad acompañaban al querido monarca su familia é inmensa muchedumbre, y todos lloraban como si se encaminase á la muerte. Por fin llegó á los muros y pasó la puerta, y al tiempo que él corría hacia el llano, sus hijos y el pueblo volvieron á Ilion.

»Príamo y su compañero habían dejado atras el sepulcro de Ilo, y abrevaban en el rio mulas y caballos; comenzaban las sombras á envolver la campiña cuando vió el heraldo á Hermes que se encaminaba hacia ellos [1].

»—Apelo á tu prudencia ¡oh Príamo! dijo; veo á un guerrero que sin duda viene á robarnos la existencia; huyamos ó abracemos sus rodillas, á fin de alcanzar piedad si es su corazon capaz de sentirla.

»A estas palabras Príamo se turba; se le erizan los cabellos y queda inmóvil de espanto cuando acércase Hermes, y tomándole la mano le dice:

»—¿Á dónde vas, padre mio, con esos dos carros por entre las sosegadas sombras de la noche, miéntras saborean los mortales el grato néctar del sueño? ¿Cómo no temes á los Griegos que, poseidos de furor, no han dejado de ser tus enemigos, y meditando tu ruina te amenazan de muy cerca? Si alguno de ellos te viese conducir tales tesoros en medio de la noche ¿qué sería de tí? Tu edad no es ya para pelear y el anciano que te acompaña podría serte de escasa ayuda en apurado trance; por esto me ofrezco á ser tu guía y á salvarte de todos

[1] Véase tomo I, pág. 205.